

Un jardín y silencio

(Es un capítulo de una novela de próxima aparición)

Por aquellos días continuamente se hablaba, durante los almuerzos (yo siempre había llamado comida a la de mediodía y almuerzo al desayuno, pero allí me encontré con los términos cambiados) de la ópera que se avecinaba cada vez más cerca: cuáles eran los cantantes, cuántas las dificultades, qué pasaba con los coros, si llegaría la orquesta a tiempo para los ensayos... Celso era mandamás en la comisión organizadora y Horacio escribía multitud de cartas con ese motivo y menudeaban las llamadas telefónicas. Por la biblioteca aparecían a diario caballeros encorbatados y encharolados para resolver algún problema de organización y traían y llevaban noticias sobre Bilbao y Oviedo, donde se representaban las mismas óperas unos días antes, así que servían de precedente:

—Pues creo que *Manón* sólo mediana, pero *Butterfly*, extraordinaria.

—¿Y *Rigoletto*?

—La ponen mañana, y Javier quedó en llamar para darme noticias.

Aquel ambiente preoperístico me hacía recordar la ilusión con que yo asistía, de niña, a los festivales de la ópera; a veces, en la biblioteca, me ensimismaba evocando cómo resplandecía en gran Teatro Principal en aquellas faustas jornadas inolvidables y me preguntaba si se conservaría el antiguo es-

plendor: la lámpara enorme, desproporcionadamente grande para el patio de butacas, centelleando de la cúpula, las arañas fulgurantes de los palcos, los focos y las candilejas que iluminaban el escenario y su telón de terciopelo rojo con flecos dorados y el escudo bordado de la ciudad invicta y heroica; y tantas diademas, collares, gargantillas, pendientes, sortijas, abalorios, lentejuelas, bordados en tisú de oro y plata, zapatos de raso y pedrería... Sí: aún brilla todo ante mis ojos en un titilar rutilante, entre los rumores, susurros, saludos, batir de abanicos, crujidos de faldas —de moaré, de crep, de lamé, de organza, de muselina—, suavidad de pieles, terciopelos y encajes que se deslizaban de los hombros tostados por el verano que se marchaba; brillaban los cabellos de las damas con reflejos multicolores, los párpados sombreados de purpurina verdemar, los labios cubiertos de rojos nacarados ofreciéndose en felices sonrisas de fiesta, porque se celebraba, una vez más, un año más, el Gran Espectáculo, la Ansiada Representación, el máximo refinamiento de la ciudad culta, señorial y elegante por excelencia: ¡la Magna Temporada de Opera!

En la plazoleta del teatro nos agolpábamos, desde media hora antes del comienzo de la gran función, un público heterogéneo, mayoritariamente femenino, hambriento de contemplar, no el espectáculo que iba a representarse dentro, sino el multicolor, variopinto y deslumbrante que se desarrollaba fuera, con la llegada —en coches, en taxis, andando— de la alta sociedad fontanense aderezada con sus lujosas galas. Los guardias municipales a duras penas podían regular el tráfico y contener al pueblo sin que materialmente se echara encima de los privilegiados de la fortuna, que con dificultad lograban espacio por donde desfilan dentro de sus automóviles o por donde abrirse camino con impacientes ¡por favor! ¡por favor! si vivían tan cerca del teatro que llegar en coche hubiera sido innecesario y hasta ridículo por lo ostentoso. Los caballeros abrían paso, seguidos por las damas y damiselas, que se recogían, altivas o remilgosas, las faldas bordadas, drapeadas, lisas, y se arrebujaban en sus pieles, mantillas o echarpes para defenderse de los apretones de la multitud, que se apresuraba, no obstante, ha hacerles sitio entre los reverenciales ¡ah...!

¡oh...! ¡mira...! ¡fíjate...! con que acogía, admirativa o burlesca (según les dictara su innato buen gusto), las espectaculares indumentarias. Se tomaba nota de cada vestido estrenado, de cada arreglo o repetición de pasados años, de cada avance de la moda —¡Anda, ésa, a la última de París!—, o de cada trapito aprovechado —¿De dónde habrá sacado semejante folio?— y se comentaban los nuevos peinados, y se sopesaba cada joya desconocida. Y así durante una media hora, hasta que, a las diez, entraban los últimos remolones, y los espectadores callejeros se dispersaban agradecidos, salvo aquellos que tenían entrada y, a las carreras, subíamos a nuestra localidad de gallinero para no perdernos el festival.

El siempre llamado *selecto público* iba entrando, poco a poco, desde el hall, distribuyéndose despaciosamente por el patio de butacas y las plateas laterales, saludándose unos a otros, demorándose con estudiada desgana para dar tiempo a contemplar, pero, más aún, a sentirse contemplados, analizados, desmenuzados por los ojos inquisitivos y los voraces prismáticos. Cuchicheos, besuqueos comedidos por no ajar el maquillaje o contagiar el pegajoso carmín, arrumacos, mohines, ojeadas de reojo a los pisos altos, desde donde los del patio de butacas se sabían criticados y despellejados, pero también admirados y envidiados.

Sonaban el primero y segundo timbrazo para obligar a los morosos a dejar la copa en el ambigú, la charla en el hall, los saludos en los pasillos, y dirigirse de una vez a sus butacas. Se sentaban, al fin, todos, —¡toda la crema de la crema de Fontán!—, con estudiado descuido, medio expectantes, medio relajados, y ellas acomodaban las complicadas faldas, y las capelinas, y las trusas de abalorios, y los guantes de raso, y ellos se estiraban las pecheras almidonadas, plisadas o rizadas, y los puños de la camisa para que lucieran los gemelos de oro y brillantes, o rubíes, bajo las mangas de la chaqueta que el sastre había dejado siempre demasiado largas; y se bajaban los tonos de los susurros, y se ahogaban los taconeos apresurados sobre las alfombras rojas, porque se acercaba, al fin, el momento supremo de salir la orquesta y apagar las luces.

Y entonces, pero sólo entonces, cuando la expectación había llegado a su clímax, entraba lentamente, a lo largo del pasillo central, ella, la *condesina*, Olalla Quintana, la última, como reina y señora, derramando saludos y sonrisas, seguida de su corte de admiradores, aunque pareciera, en realidad, sola, siempre sola por lo inalcanzable, señora y señora, estudiadamente sencilla en su liso vestido de encaje negro, o de raso verde musgo, o de moaré tabaco, pocas veces estampado, pocas veces con algún volante, o adorno, o flor, o cualquier otro detalle —en todo caso, sobrio y discreto— sobre los anchos hombros desnudos, resaltando la imponente escultura de su cuerpo erguido rematado por el abundantísimo pelo castaño recogido en una coleta arrollada en moño atado con una simple cinta de terciopelo, o seda, o moaré, a juego con el vestido, sobre la cual se clavaba, en lo alto del lazo, aquel solitario alfiler de oro rematado por una esmeralda: su única joya, fabulosa y famosa, simplicísima, una sola esmeralda poliédrica del tamaño de una uña grande («justamente, qué casualidad, la uña de mi pulgar», la oíría decir más tarde), colocada allí, como al descuido, donde nadie lo esperaría, fijando el lazo del pelo, simplemente, como cualquier prendedor o peineta, con una misión puramente utilitaria, no de adorno; porque ella convertía el lujo en necesidad: lujo funcional, nunca gratuito. Como cuando, quince o veinte años más tarde, la veía yo colgarse al cuello, pendiente de un sencillo cordón de seda negra, el reloj de su tatarabuela (precisa, delicadísima saboneta del siglo XVIII, cuajada de esmalte, pedrería y filigrana) simplemente porque le estorbaba el reloj de pulsera en el taller mientras se dedicaba a modelar mi rostro o a pintar sus cerámicas, que la obligaban a lavarse las manos y brazos continuamente. Y se colgaba la joya valiosísima, objeto inalcanzable de anticuarios, sobre el blusón de lienzo y los pantalones de pana raídos, como podría llevar cualquier medallón de quincalla comprado en un puesto callejero. Los prendedores de brillantes de sus antepasados tampoco lucían en los escotes de los vestidos, sino, de noche, ante la televisión, en la cintura del kimono para sustituir al botón o al ojal. No se le veían sortijas, pulseras ni collares ni diademas, olvidados en los joyeros de la familia o quizás en las cajas fuertes de algún banco; no, ningún adorno que no

podiera ofrecer, transitoriamente al menos, una misión utilitaria. Pero nadie en Fontán lucía en la ópera una joya tan hermosa, simple y codiciada como aquel alfilerón de la esmeralda, ni siquiera la nuevâ marquesita de Milaires, hija de ún multimillonario madrileño, que había desempeñado, tras casarse con el marqués, arruinado y tarambana, las renombradas joyas de su suegra; ni la señora de Noriega, tía de Celso, nueva rica por su matrimonio con un indiano llegado de Cuba hacía veinte años, repleto de dólares en el banco y de piedras en el riñón, que pronto la dejó viuda y dueña de fortuna incalculable; ni doña Pura, la señora del capitán Quirós, que ostentaba en su palco, tiesa y engreída, su famoso collar de triple vuelta de perlas, adquirido en lcs años cuarenta a un título arruinado; ni la condesa Eugenia Ferrer del Llano, tan exquisita, tan rubia, tan delicada; ni la alcaldesa, tan presumida y antipática, íntima amiga de la esposa de Franco, Caudillo de España; ni mucho menos la nueva burguesía, nacida al socaire de tantos negocios fáciles y turbios, cuyas mujeres lucían, cada temporada, una nueva joya que señalaba la petición de mano, el matrimonio, el aniversario de bodas, el nacimiento del primer hijo, y de otro, y de otro, y de otro más, porque sus funciones femeninas recibían la paga del marido en precio de joyas, el mismo precio en que el esposo pagaba, con frecuencia, sus infidelidades, duraderas o pasajeras, que se valoraban en tantos miles de duros como se tasaran el silencio, la resignación conyugal y la elegante ignorancia de la distinguida esposa.

Y Olalla, en aquella época, entraba despacio por la larga alfombra central, inclinando levemente la cabeza, en un gesto amable de emperatriz, al pasar junto a las amistades, que se inflaban, orgullosas de verse saludadas por la que se reconocía como la reina de la distinción, el máximo exponente del refinamiento y la elegancia, la *Condesina*, así, cariñosamente dicho, en diminutivo, como correspondía a su juventud, su belleza, su simpatía y encanto, su cultura y sensibilidad artística, su... ¿qué más? Porque decían que lo reunía todo, absolutamente todo, en grado extremo, como si en ella no hubiera defectos, imperfecciones ni lunares, porque era el símbolo, la

quintaesencia del mejor Fontán, que se miraba en ella como en un espejo.

Mi tía Flora, desde nuestra empinada localidad de la última fila de gallinero, bajaba, a empujones y pisotones, hasta la barandilla de anfiteatro, y allí se situaba, a fuerza de codos, sorda a las protestas del público, para verla, a ella, su señorita, a su querida señorita Olalla, entrar serenamente, despaciosamente, por el pasillo, y sentarse, allá lejos, en su butaca de la tercera fila, junto a su anciano padre el conde.

Y enseguida, como si la orquesta sólo hubiera estado esperando aquel supremo momento, como si la representación necesitara ineludiblemente, para poder comenzar, a que la *condesina* estuviera acomodada, se levantaban los músicos, ante sus atriles con sus instrumentos preparados, sus trajes negros, sus impecables camisas blancas, y el director subía al podium, batuta en mano, saludaba al respetable inclinándose ceremonioso para recibir, por unos segundos, los tópicos *cálidos aplausos*, como diría «El eco de Fontán» en su crónica, y, finalmente, se volvía de espaldas y marcaba el comienzo de la obertura mientras se apagaban las luces.

Y en cuanto terminaba el lento, aburrido y pesadísimo primer acto de la ópera que tocara (de la que sólo me atraían los voluminosos y llamativos ropajes de las divas y de los coros de cortesanos, de campesinos o de lo que fueran), nuevamente mi tía, y yo tras ella, mientras aplaudía el público, nos abalanzábamos a la barandilla, desde nuestra sofocante y suderosa localidad, para contemplar, en su salida, a la señorita Olalla, si es que salía y no se quedaba acompañando al conde, inútil por su artrosis de cadera, y rodeada, en ese caso, por su corte de admiradores y amigas. Y repetíamos la operación de bajada y subida tantas veces como entreactos hubiera, y pasábamos revista, turnándonos en el uso de unos deteriorados prismáticos prestados por una vecina, a toda la alta sociedad que mi tía conocía al dedillo gracias a sus muchos años de sirvienta en casa de los condes de Quintana, padres de la *condesita*. Pero sólo guardo un nebuloso recuerdo de aquellas complacidas familias de apellidos en los que la cuñada de los No-

riega era hija de los Acebal y estaba casada con un Areces que era primo de los Vega-Ordóñez y sobrino de la condesa de Narcea, y concuñado, o consuegro, o primo segundo, o pariente en cuarto grado, de los condes de Quintana, que, al fin, resultaban ser, para mi tía, el ombligo del mundo fontanense, el punto de referencia de toda nobleza y alcurnia, la medida única de cuantos valores humanos pudieran existir, sabiamente jerarquizados.

Pero cuando Olalla salía, en los entreactos, nunca era por el pasillo central, sino rodeando por los laterales, para ir parándose, deferente y gentil (adjetivos que se le dedicaban siempre), ante las amistades que ocupaban las plateas. Se acodaba unos minutos en la barandilla de sus tíos, los Fernández-Candás, y besaba cariñosa a la anciana tía abuela, y conversaba con sus feísimas primas, «¡Cotorronas, envidiosas —murmuraba tía Flora—, que si mi señorita no fuera tan buena, ni las miraría a la cara!»; pasaba luego a dar un furtivo beso a la señora de Quirós, que se abanicaba lentamente, mientras su marido, que, al parecer, se aburría en la ópera, apenas pisaba el palco: «Por la amistad que mi señorita tiene con Pilar, la hija de los Quirós, que, si no, ¿de qué iba a descender ella...?», disculpaba mi tía, que velaba tan celosamente por la categoría privilegiada de su señorita que necesitaba encontrar disculpas a todo supuesto descenso en el escalafón, del mismo modo que necesitaba justificar, cuando leía cualquier revista frívola, aquellas incomprensibles amistades y camaraderías de la duquesa de Alba, y otras nobles, con folklóricas y toreros: «que son demasiado sencillas, y eso es lo que las pierde, como a mi señorita con los Quirós, y los Noriega, y otros así». Los Noriega, a la margen izquierda del patio de butacas, recibían la visita de la señorita Olalla en el siguiente entreacto, cuando les tocaba también el turno a los banqueros Vega-Ordóñez, a los Castañón, a los viejos condes del Narcea, abuelos de Olalla por parte de madre, y a los ocupantes de algunas plateas más que no alcanzáramos a divisar desde nuestra barandilla por mucho que nos abalanzáramos sobre ella; y a punto estuvo mi tía, en más de una ocasión, de bascular y convertir la ópera en tragedia.

Pronto advertí yo que la señorita Olalla seguía un riguroso

orden en sus salidas y saludos: en el primer entreacto tomaba el pasillo de la izquierda, en el segundo se quedaba junto a su padre, en el tercero salía por la derecha. Años después, cuando leí a Proust, me recordaría los alternativos caminos de Swan y de Cervantes. Al día siguiente, cambiaba el orden: primero a la derecha, luego a la izquierda, «para que no se ofenda nadie, tonta —aclaraba mi tía Flora— que hay que cumplir por igual con todo el mundo». A mí me admiraba aquel rígido protocolo, aunque pronto advertí que muchas otras personas seguían también estrictas normas en sus movimientos aparentemente incontrolados. Pero había de tardar todavía en darme cuenta exacta del inflexible sistema que regía aquella gran colmena del Teatro Principal, mejor dicho, del patio de butacas y los palcos de entresuelo —las localidades de lujo—, porque, de ahí para arriba, perdía todo aliciente: estaba ocupado por público de pequeña burguesía, de intelectuales sometidos a sueldo y de heterogénea clase media, en mezcla confusa hasta nuestra última fila de gallinero, donde alternaban estudiantes con empleados y melómanos de diversas categorías, «gentuca de poco pelaje», según el olímpico desprecio con que los calificaba la tía Flora, que sólo se interesaba por los dos extremos de Fontán: la alta sociedad y la plebe de nuestro humilde barrio obrero. Todo lo que quedara en medio carecía de valor. Las señoras y señoritas, evidentemente cultas y distinguidas, que nos rodeaban, en nuestra modesta localidad, eran, para mi tía, «unas pobretonas de quiero y no puedo», aunque yo intentara hacerle ver que podían mucho mejor que nosotras (sin duda las más humildes de todo el teatro, junto con algunos ciegos que asistían gratis a localidades laterales desde las que no se veía el escenario), porque ellas llevaban sus ropitas de cóctel, sus mantillas españolas sobre los hombros, sus capelinas de pieles, sus joyas decentitas: pequeños lujos que nosotras no podíamos pretender; pero mi tía era mujer pendular, de todo o nada, y despreciaba aquellas semielegancias de la denominada «media gala».

Cuando, tras la agotadora función, al fin, a las dos o las tres de la mañana, después de haber descabezado mi tía y yo varios sueños interrumpidos por las trompetas y los platillos,

en la incómoda y estrecha butaca (era eufemismo llamarla así) de dura madera de nuestro paríso —nunca menos merecedor de tal nombre—, había llegado el momento final de la ópera, y el tenor remataba su aria, y la gorda soprano se incorporaba trabajosamente para lanzar sus postreros trinos antes de expiar recostada incómoda, en una inacabable agonía salpicada de inesperados gorgoritos pespunteados por los clamores alternantes de los coros y las desesperadas quejas del bajo; y el barítono, por último, lanzaba un largo sostenido que se elevaba sobre la trompetería de la orquesta y marcaba la entrada de los ¡al fin! últimos acordes, entonces, sólo entonces, todo el teatro, que, hasta ese momento, había dosificado sabiamente los aplausos, sin entregarse del todo —salvo en contadas ocasiones que pasaban a la historia de la ópera local— rompía, electrizado, conmovido, en un cálido aplauso estruendoso, interminable, que sólo necesitaba para brotar incontenible, sentirse autorizado, respaldado, alentado, por los sonoros ¡bravo! ¡bravo! lanzados por las voces estentóreas de los *sumos-pontífices-del-mi-menor*, que se levantaban en pie, arrebatados de entusiasmo, y arrastraban a los demás conspicuos capitostes que secundaban con nuevos ¡bravo! ¡bravo! la iniciativa de los precursores; y pronto el teatro era una orgía de aplausos y gritos, un resplandor renovado por el rápido encendido de todas las luces, un oleaje de cuerpos que se levantaban y de manos que se agitaban aplaudiendo a la soprano, a la tiple, al tenor, al barítono, al bajo, a los coros, a la orquesta, al director, que afluían al escenario y se adelantaban a las candilejas a saludar, cogiditos de la mano, atrás y adelante, como en un «agáchate y vuélvete a agachar», a compás del telón, que subía y bajaba; y luego repetían el rito separadamente, uno a uno, repartiendo besos conmovidos y recibiendo esplendorosos ramos de flores la soprano emocionada y la tiple emocionada, todas sudorosas y sonrientes, recogiéndose, con la mano libre, el pesado, rico, complicado traje de Lucía, de Desdémona, de Traviata, de Carmen; y los gruesos tenores y barítonos, y los corpulentos bajos, se doblaban sobre las piernas flacas, la mano en el esternón como hidrópicos caballeros del Greco; y los coros, secundarios, anónimos, se mantenían agrupados al fondo, inclinándose a saludar un poco, discretos, salvo que, a veces,

se adelantaran hasta las candilejas repetidamente, como cuando habían bisado y trisado el misterioso, electrizante y sugere, aunque simplicísimo, coro de peregrinos de «Nabucco», tan emotivo, tan soñador, que decía la tía Flora que arrancaba lágrimas a la vieja condesa de Narcea, abuela de la señorita Olalla, porque la recordaba el Teatro Real de Madrid, cuando ella era ¡ay! una jovencita recién presentada en sociedad y había acudido a su primera ópera, que justamente había sido «Nabucco», y en el teatro había conocido al que iba a ser su esposo... y ahora les repetiría la historia, por enésima vez, a sus nietos, que ya ni la escucharían siquiera, ¡qué tiempos, qué tiempos...! y saldría del teatro melancólica y añorante, moviendo el abanico al mismo tiempo que el mal de Parkinson movía su cabeza, a un lado y a otro, a un lado y a otro...

Había llegado el momento de escapar —¡deprisa, deprisa!— por las estrechas y empinadas escaleras que comunicaban directamente el último piso con la calle (en la sana intención de que no coincidieran las gentes de tan elevadas localidades con los habitantes de las regiones inferiores), y mi tía y yo, zigzagueando y empujando, llegábamos de las primeras a la plazoleta del teatro, nunca, sin embargo, antes de que una parte de los espectadores del patio de butacas atiborrara ya la fachada, a pesar de que era público que desalojaba las localidades lentamente, con despaciosa recogida de pieles, chales, mantillas y algún espléndido mantón de Manila, recuerdo glorioso de la bisabuela cubana o filipina, mientras alzaban los tonos de las conversaciones y disimulaban algún bostezo, porque todavía quedaba rematar la fiesta con una cena fría o con unas copas y un baile en el Club de Tenis, o en el Automovilístico, o en el Hípico, que no era cosa de que las señoras se hubieran vestido, enjoyado, peinado, maquillado y perfumado sólo para estar sentadas tres horas, irremediamente incómodas, irremediamente arrugadas, irremediamente aburridas, salvo en los sabrosos entreactos.

Salía el público por las tres grandes puertas de madera tallada que comunicaban la plazoleta con el amplísimo hall del teatro. Nosotras forcejeábamos hasta situarnos en primera fila de mirones, y devorábamos con los ojos el lujo y el esplendor.

A veces nos llegaba también el perfume de alguna dama que se acercaba peligrosamente a la plebe curiosa y se exponía a que manos indignas rozaran el raso o la seda de su vestido, el encaje o la piel de su capa. Entre ellos se intercambiaban citas, se disparaban elogios, se insinuaban preferencias: ¿vamos en nuestro coche? ¿en el vuestro? ¿en los dos? ¿a nuestra casa? ¿y qué tal a pie? ¡sí, con tan buena noche! ¡delicioso! Y unos, ante la gran explanada, esperaban sus automóviles, cuyas puertas iban abriendo los ujieres uniformados, y otros, si los vehículos tardaban o sus dueños habían ido a buscarlos, formaban animados corrillos durante la espera y se sentían molesta-mente ¿o agradablemente? cercados, escuchados, observados, respirados, tocados a veces, —¡qué frescura! ¡es que se ha perdido el respeto!— por las gentes de poco pelo que formábamos corro en torno al espectáculo gratuito: modistillas, empleadas de tres al cuarto, esposas de chupatintas, jovencitas ambiciosas que soñaban —¡sí! ¿por qué no?— con llegar a salir algún día de la ópera por la puerta grande, merced al amor de algún príncipe azul que las llevara al altar, aunque, de momento, por si acaso, siguieran cortejando con el modesto escribiente y jugando a la lotería, a ver si... Y se cuchicheaban altos nombres, de los más nobles, de los más ricos, de los más poderosos, y se comadreaba, juntando las cabezas, dándose codazos de aviso y señalando disimuladamente con el dedo, sobre sus ires y venires, sus matrimonios, hijos y amantes, sus enfermedades y trapicheos...

Ella salía la última también, porque tenía que ofrecer su brazo al cada vez más inválido conde y porque no se apresuraba nunca, consciente de que su coche, con el chófer dentro, esperaría aparcado frente al teatro cuanto tiempo fuera preciso hasta que se terminaran las despedidas, los comentarios y los acuerdos para verse luego en el club o en la fiesta que, cada noche, (y siempre una vez al año le correspondía al conde de Quintana) daba algún melómano en honor de la gran diva, del sublime tenor o del increíble barítono de aquella función, que siempre debiera haber resultado inolvidable, aunque sólo lo fuera de pascuas a ramos y no siempre por la grandeza de tal o cual cantante, sino por el capricho de esta o la

otra impertinente diva o por algún fracaso estruendoso, menos fácil todavía de olvidar que el éxito.

Allí fuera, los dilettanti del bel canto discutían sobre el sostenido o el pizzicato, las impostaciones y las tesituras: «Muy bien, muy bien, pero al tenor le falta la potencia de Corelli», «¿Se han fijado que ha cantado el aria del segundo acto un semitono más bajo del que marca la partitura?», «¡Ah, pero se le puede perdonar, porque la impostación es magnífica!». Los caprichos y supersticiones de los divos, las intemperancias de las primas donnas se comentaban en corrillos también junto a la puertecilla lateral por donde se salía del gallinero, de espaldas a la gente de gran gala. Mi tía miraba con desprecio a aquellos morosos charlatanes y arremetía inconsideradamente a empujones para situarse en la esquina, justo en la esquina por donde saldría su adorada señorita. Pero yo, despechada a veces y avergonzada por el papanatismo de mi tía, me rezagaba y escuchaba aquellas incomprensibles chácharas sobre el ¿qué te pareció ayer «Casta diva»? Bastante bien, pero veremos mañana el «Addio alla vita» y la «Recondita armonía», en una jerga manejada volublemente por aquellas gentes, profesionales, empleados, universitarios, asiduos a todas las funciones. Así, poco a poco, yo había ido identificándome e interesándome por algunas óperas de las más sentimentales y pegadizas y, en los folletos que mi tío traía para casa, me aprendía los argumentos y me preparaba, a mi modo, para entrar en el mundo de los aficionados.

Luego, cuando había desfilado toda la grandeza, también se marchaban las buenas gentes de clase media, ellos con sus ternos oscuros, ellas con sus vestiditos de cóctel del año pasado, arreglados para este año con un tóque de novedad, sus guantes de encaje de nailon, sus finas bisuterías que parecían talmente joyas, aunque relumbraran menos: broches de marcasita, collares de menudas perlas cultivadas, pendientes de coral o de cristal de roca, que resultaban tan aparentes, y se iban despacio, a pie, bordeando el parque de San Lorenzo, saboreando todavía la diadema ¡¡es-plés-di-da!! de rubíes de la vieja marquesa de Milaires, y el collar fabuloso de brillantes que lucía Mimí Castaño, ¡monísima!, ¿y el vestido de encaje

de la condesa Eugenia Ferrer del Llano? ¡Ah, ya lo había lucido en años anteriores! ¡Pocas gracias, como que el encaje era de su abuela! ¿De su abuela...? ¡Sí, hija, sí, de su abuela, del traje de novia de su abuela, nada menos! ¡Ah! ¡Ah, es que, oiga usted, las cosas buenas es que son eternas! Pero estaba muy malita Eugenia, de diabetes y algo de corazón, ¡Qué pena! ¿verdad? ¡tan guapa! ¡tan joven todavía! ¡tan desgraciada en su matrimonio! ¡sin hijos! ¡tan sola...! ¿Y su madre, con un cáncer? ¡Quién la ha visto y quién la ve! Ya ni puede venir a la ópera... Y las sencillas gentes de clase media —igual que mi tía Flora— paladeaban con deleite sádico las desgracias de los grandes, que demostraban que también los ricos sufren, que el dinero no lo es todo, ¡qué va, quita allá!, que más vale un contigo pan y cebolla, que la muerte no perdona, que... y se consolaban de sus ropitas arregladas con un volante postizo, con un bolero de la tía difunta, con la joyita de plata a la que se había sacado brillo aquella tarde, con la trusa comprada en rebajas...

Yo las oía al pasar y calculaba que estaban muy mal enteradas, porque, a juzgar por lo que contaba mi tía, las enfermedades de los ricos eran llevaderas, con las habitaciones caldeadas, las camas limpias y bienolientes, el timbre a la mano para llamar a la doncella, la monjita del Servicio Fraternal para velar de noche y consolar los dolores con el rezo del Santísimo Rosario y el beso a la estampita que guardaba una reliquia del hábito de la Santa Madre Fundadora, tan pobre por amor al prójimo que la habían amortajado con lo único que poseía y sólo por un milagro podía entenderse que tantos trocitos de su hábito proliferaran en estampitas, como si hubiera poseído un bien surtido armario ropero. Mi tía, por consejo de la señora condesa de Quintana, también estaba suscrita a las benditas hermanas del Servicio Fraternal, para que acudieran a velarnos en una hipotética enfermedad, aunque Dios quisiera que jamás llegáramos a necesitarlas, amén Jesús.

Nosotras esperábamos en la plazoleta hasta que se habían deshecho de todos los corrillos y marchado casi todo el mundo, incluido el guardia, que se retiraba arastrando los pies. Sólo pasaban grupos de juerguistas noctámbulos o familias que regresaban del circo, de los fuegos artificiales, de las barra-

cas... Cuando se cerraba, al fin, el teatro; salían los empleados y, entre ellos, mi tío, acomodador del patio de butacas.

—¿Qué? ¿Hay pases para mañana? —era la primera pregunta de la tía Flora, que, por su gusto, se apuntaría a todas las funciones para llevar el recuento de los asistentes y el inventario de ropas y joyas.

Y en el largo camino soñoliento hasta nuestro lejano entre-suelo de arrabal ciudadano, de calle sucia sin asfaltar y sin aceras, escuchaba la salmodia de mi tía:

—Mi señorita, como siempre, la más guapa y la más elegante, y eso que el vestido de hoy no era de estreno. Le toca estrenar mañana, que es día principal, por eso me gustaría ir a verla... No entiendo por qué no se pone alguna joya más, aunque sólo fuera por fastidiar a otras, que se creerán iguales suyas, pero ¡ya, ya! Y su padre, el señor conde, ¡lo que habrá disfrutado, con lo que le gusta la música!!

—La de gaita —interrumpía, despectivo, mi tío.

—¡Toda la música! Lo que pasa es que él es así de llano y sencillo y os creéis que...

Y luego empezaba el recuento económico, en un forcejeo que yo me sabía de memoria:

—¿Cuánta propina te dio el de Fresno?

—Dos pesetas, como siempre —mascullaba el tío.

—¡No, no se arruina, y eso que dicen que es tan espléndido!

—Serálo, pero yo no lo noto.

—¿Y la de López?

—Esa acomodóse sola mientras yo andaba por otro lado.

—¿Cómo te arreglas para perder siempre las mejores propinas? ¿Y el señorito Doro?

—Ese no da ni la mierda que caga.

Y llegábamos a casa, rendidos por el trasnocheo y la larga caminata hasta el barrio, y nos acostábamos con retortijones

de hambre en el estómago, mientras yo trataba de imaginar a qué sabrían las ostras, el caviar, las tortillas de setas, el biscuit-glassé, el solomillo a la Perigord, el lenguado Menière y otras seguras delicias que se anunciaban para las distintas cenas-cotillón ¿qué querría decir cotillón? que se celebraban, a aquella misma hora, tras la salida de la ópera, en los distintos clubs donde concurrían los apellidos de la nobleza y las finanzas.

Me desnudaba el vestido barato y mal confeccionado por una costurera, y pasado de moda, que me quedaba siempre corto —«¡hay que ver lo que crece esta rapacina!»— y la ropita interior zurcida y descolorida a fuerza de lavaduras. Me acostaba con un amargo sabor de fracaso matizado por una lejana esperanza de que, quizás, quién sabe, ¡la vida da tantas vueltas...! Luego suspiraba: yo no era ni guapa, ni rica, ni noble, ni un talento —listilla, simplemente—, ni nada. Sólo una vulgar hija de soltera —¡cómo me quemaba esa condición!— acogida por unos tíos, aunque «Tú, de que eres hija de soltera, chitón, ¿eh? Tus padres, que murieron en un accidente; el que quiera saber, a Roma», consejo de la tía que siempre tuve en cuenta.

Oía pronto los ronquidos del tío y el ahogado rumor de la tía, que le levantaba a registrarle, a oscuras, los bolsillos de la ropa. Después me dormía y soñaba que trataba de emprender un largo camino solitario empinado hasta una alta cumbre resplandeciente; quería llegar allá arriba, pero mis piernas estaban clavadas y no lograba ni arrastrarlas. El viento de cara me hacía retroceder. Despertaba angustiada y trataba de volver a dormirme, porque no quería pensar que, a media mañana, me tocaría presenciar la correspondiente trifulca entre mis tíos: Me quitaste doce pesetas, zorra; ¡Yo...?, será que las contaste mal; Sé muy bien lo que tenía, así que apoquínalas; ¿Pues no me habías dicho que sacaste cincuenta y siete pesetas? ¡cuéntalas, a ver!; ¡Me cago en la madre que te parió, ladrona!; ¿Qué culpa tiene mi madre de que seas un embustero y te quedes con dinero para la taberna? ¡golfo, que todo te lo gastas en vinazo!; ¡Mira que te pego una hostia...!; ¿Encima? ¿encima que me tienes trabajando de sol a sol como una burra?; Pues sí, señora, encima! que aquí el amo soy yo ¡joder!

y tú te callas y te aguantas, víbora, derrochona, deslenguada!
Y sonarían las tortas de mi tío, y los sollozos, insultos y ayes
de mi tía, y yo me metería en un rincón, no fueran a tomarlas
conmigo y tocarme algún bofetón mal dirigido.

Y como contrapunto, como música de fondo a sus voces,
gritos y trompazos, resonarían en mis oídos, no sabía por qué,
aquellas dulcísimas, delicadas notas de una ópera varias veces
escuchada: «Spirto gentil, nei sogni miei brillasti un dí...»

ANA SUÁREZ SOLÍS